

CARTA SEGUNDA DE CLEMENTE ROMANO A LOS CORINTIOS

Anónimo

(Escrita alrededor del año 150)

INTRODUCCIÓN

El breve escrito que se conoce con el nombre de Segunda Carta de Clemente a los Corintios, ni es carta ni es de San Clemente. Se trata, sin duda, de la más antigua muestra de homilía cristiana que poseemos y en ello radica precisamente todo su interés. Un texto precioso de San Justino, nos introduce en la vida de aquellas primitivas comunidades cristianas de la generación postapostólica, en que la vida religiosa se concentra en la organización regular del culto divino e instrucción de los creyentes. “El día —dice el apologista mártir— que se llama del sol, todos, tanto los de las ciudades como los del campo, se reúnen en un mismo lugar y allí se leen los Recuerdos de los Apóstoles y los escritos de los profetas, en cuanto el tiempo lo permite. Cuando el lector termina, el que preside dirige la palabra para advertir y exhortar a la imitación de estos hermosos ejemplos.¹ Esa exhortación, hecha a base de una lectura del Nuevo Testamento —los Recuerdos de los Apóstoles son evidentemente los Evangelios— y también del Antiguo, en tono familiar y a la vez cálido, por el obispo o por el “anciano”, es decir, ahora ya un presbítero o sacerdote delegado del obispo, recibió el nombre de “homilía”, que vale tanto como el latín “sermo”, es decir, conversación familiar. Notamos ya el tono de homilía que domina en toda la carta primera de San Clemente a los corintios y lo mismo cabe decir de las admirables cartas de San Ignacio mártir y de la de San Policarpo. Todos escriben como hablan y hablan como piensan y sienten. Ante el pergamino o papiro, tienen siempre ante los ojos un auditorio, una comunidad cristiana, congregada para escuchar la palabra de Dios. Como aquellos primeros testigos de quienes San Lucas recoge cuidadosamente las palabras y los hechos del Señor Jesús para ordenarlos en su Evangelio; de estos primeros pregoneros (praecones, kérykes) evangélicos, puede literalmente decirse, tanto cuando hablan como cuando escriben, que son “Ministros del Verbo”, administradores de la Palabra.² De ahí el estilo directo, de referencia constante a unos

1 Ap. I, 67.

2 Lc. 1, 2.

“hermanos” que están oyendo; de ahí el lenguaje sencillo y claro y sobre todo, la ausencia de todo amaneramiento, de toda retórica y literatura. Su predicación no se había aún convertido en oratoria. Nada se sabía de aquel delectare ni menos de aquel thelgein, “encantar, hechizar”, que los antiguos rétores ponían por fin, a veces único, siempre imprescindible, de todo discurso y que luego, aplicado y llevado al exceso en la predicación, terminaría por matarla, convirtiéndola en remedo e imitación de la oratoria profana. Ab initio non fuit sic. El obispo, “presbítero” que preside la reunión, habla sencillamente, conversa familiarmente con los fieles sobre la palabra de Dios, cuya lectura precede la homilía o conversación. Esta podía improvisarse, pero podía también escribirse y aún tomarse taquigráficamente. El autor de la homilía que se creyó carta de San Clemente, parece, en efecto, que “ha leído su exhortación después del Dios de la verdad”, es decir, después de que en la reunión se había escuchado la lectura de la escritura divina. Tal vez no pasaba del humilde oficio de “lector”, o quizá no se desdeñaba de cumplir a la vez los dos oficios, de leer la Escritura y exponerla al pueblo.

Como quiera que sea, nos interesa grandemente la figura de este anónimo primer predicador —¡no por orador!— cristiano, aunque sólo por su obra nos es dado conjeturar algo de su alma. Procede sin duda del paganismo y se dirige a un auditorio venido también del paganismo. De ahí el fervor con que exhorta a agradecer a Jesucristo el beneficio de la redención y de la nueva vida divina que por ella nos trajo. No quiere que se tenga baja idea de estos beneficios de Dios, así como exhorta a sentir sobre Jesucristo como Dios que es. Sin un orden ni plan muy riguroso, sino más bien dejándose llevar un poco del giro vago de la conversación, va exhortando a la práctica de la virtud cristiana, a la lucha contra el mundo, lucha que se compara, a la manera paulina, con las del estadio y sobre todo a la penitencia y arrepentimiento de los pecados. Se citan las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, con alguna que otra reminiscencia de escritos apócrifos.

Tiene el autor un sentido profundo de la verdad y de la vida cristiana. Habla con gravedad y unción, en lenguaje familiar y corriente, sin apenas sintaxis, en tono casi ininterrumpido de exhortación, en que apenas hay otras partículas —¡ya se ve que no es un griego quien escribe!—, sino la causal y la consecutiva. Todo delata, en una palabra, el tono y la marcha, algo floja y descoyuntada, de una conversación cristiana, venida de medios paganos y que vive entre paganos, a la que ya es bastante pedirle se conserve en el cumplimiento de los mandamientos divinos. ¿Se

trata de Roma o de Corinto? ³ El hecho de que la homilía pudiera confundirse con una carta de San Clemente y se pusiera al lado de la auténtica a los corintios, permite pensar que el escrito procede de Roma y que enviado a Corinto por la Iglesia romana, debió leerse junto con la carta de San Clemente, hasta considerarla como segunda carta suya. Las relaciones entre ambas Iglesias fueron, en efecto, muy íntimas. Nada tiene, pues, de extraño, que una “homilía” escrita, que produjo excelente impresión en la comunidad romana, se comunicara a la de Corinto para común edificación espiritual. Harnack va más allá y quiere ver en este escrito la carta del Papa Sotero, que el obispo de Corinto, Dionisio, le dice leen y seguirán leyendo junto a la de Clemente. ⁴ Pero subsiste la dificultad de que esta homilía no pueda calificarse en modo alguno como carta y como carta se trata en el texto de Eusebio. La fecha que se asigna a esta “segunda carta de Clemente” es de hacia 150.⁵

Ambas obras, la carta de San clemente Romano a los corintios y la homilía anónima, aunque de distinto valor y tiempo, tienen el interés máximo de introducirnos, como la Didaché, en la vida primitiva de la Iglesia, cuya contemplación y recuerdo será siempre un incitante a la renovación de nuestra propia espiritualidad cristiana. La obra del espíritu no se ha interrumpido ni un solo momento en la Iglesia. La misma fe de nuestros padres y hermanos de los primeros siglos, la misma divina esperanza, el mismo vital principio de la caridad seguirán produciendo, en una primavera siempre renovada, la misma floración y cosecha de la santidad, gloria, única y sola, de la Iglesia Católica y fruto de la Sangre y del Espíritu de Jesucristo Nuestro Señor, que ella tiene misión de repartir a las almas.



³ El primero que habla de esta “segunda carta” de Clemente es Eusebio: “Es de saber que se dice haber una segunda carta de Clemente, no ya semejante a la primera...” (Hist. III, 38, 4) Este “se dice”, parece indicar o que Eusebio duda de la autenticidad o que él no vio esta segunda carta.

⁴ Eus., *ubi supra*.

⁵ A. Puerch., o. o., pág. 107.

CARTA SEGUNDA DE CLEMENTE ROMANO A LOS CORINTIOS

Jesucristo, Dios y Salvador

Hermanos, así hemos de sentir de Jesucristo, como de Dios, como de Juez de vivos y muertos y tampoco hemos de tener bajos pensamiento sobre nuestra salvación. Pues si sentimos de Él bajamente, bajamente también esperamos recibir. Y los que oímos hablar de todo eso como de cosas pequeñas, pecamos, por ignora de dónde fuimos llamados y por quién y a qué lugar y a qué sufrimiento se sometió por nosotros Jesucristo. Pues ¿cómo se lo pagaremos nosotros?, o ¿qué fruto le ofreceremos, digno de lo que Él nos dio? ¿Qué santidad no le debemos? Él nos hizo gracia de su luz, nos habló como un padre a sus hijos, nos salvó cuando estábamos perdidos. ¿Qué alabanza, pues, le tributaremos o qué paga le daremos, a cambio de lo que de Él recibimos? Estábamos ciegos en nuestra inteligencia; adorábamos las piedras, los leños, el oro, la plata y el bronce, obras de los hombres; y nuestra vida entera no era otra cosa que muerte. Envueltos, pues, por la oscuridad y llena nuestra vista de tales tinieblas, por su voluntad volvimos a ver, apartada aquella nube que nos rodeaba. Compadeciéndose de nosotros y con entrañas de misericordia nos salvó, después que vio en nosotros mucho extravío y perdición y que ninguna esperanza de salvación teníamos, sino la que de Él nos viniera. Porque nos llamó del no ser y del no ser quiso que fuéramos.

El gozo de la redención

Alégrate, estéril, la que no pares; rompe en gritos, la que no sufres dolores de parto; porque más son los hijos de la solitaria, que los de la que tiene marido (Is 54,1)

En lo que dijo: *Alégrate, estéril, que no pares*, a nosotros nos significó; pues estéril era nuestra congregación, antes de dársele hijos. Pero cuando dice: *Grita, la que sufres dolores de parto*, quiere decir: que presentemos sencillamente nuestras súplicas a Dios y no desfallezcamos como las que están de parto. Y aquello de que: *Más son los hijos de la solitaria, que no los de la que tiene marido*, se dijo porque nuestro pueblo parecía abandonado de Dios; pero ahora, creyendo, nos hemos hecho más numerosos que los que parecían tener a Dios. Y otra escritura dice: *No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt 9,13)*. Esto quiere decir que hay que salvar a los que perecen; pues lo grande y admirable no es sostener lo que está firme, sino lo que se está cayendo. De esta manera quiso también Cristo salvar lo que estaba pereciendo y salvó a muchos

viniendo y llamándonos a nosotros, cuando estábamos ya perdidos.

Fidelidad al que nos salvó

Tan gran misericordia ha usado Él con nosotros. Primeramente, que nosotros, seres vivientes, no sacrifiquemos ni adoremos a los dioses muertos; y luego, que por Él conozcamos al Padre de la verdad. Pero ¿cuál ha de ser nuestro reconocimiento para con Él, sino que no neguemos a Aquel por quien le conocimos? Pues Él mismo dice: *Al que me confesare a mí delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi Padre* (Mt 10,32). Esta es, pues, nuestra paga, que confesemos a Aquél por quien fuimos salvados. Pero, ¿cómo le confesaremos? Haciendo lo que Él nos dice y no desobedeciendo a sus mandamientos y no honrándole sólo con los labios, sino con todo nuestro corazón y con toda nuestra inteligencia. Pues dice también en Isaías: *Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está muy lejos de mí* (Is 29,13).

No el que dice: «¡Señor, Señor!»

Así pues, no nos contentemos con llamarle Señor, pues esto solo no nos salvará. Porque dice: *No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!, se salvará, sino el que practique la justicia* (Mt 7,21). Por lo tanto, hermanos, confesémosle en nuestras obras. En el amor de los unos para los otros, en no adulterar, en no calumniarnos mutuamente ni envidiarnos, sino en ser continentos, misericordiosos, buenos. Hemos también de compadecernos los uno de los otros y no ser avaros. En estas obras tenemos que confesarle y no en las contrarias y no hemos de temer a los hombres más que a Dios. Por eso, haciendo vosotros esas cosas, dijo el Señor: “Si estuviereis reunidos conmigo en mi seno y no cumpliereis mis mandamientos, os arrojaré de mí y os diré: “Marchad lejos de mí; no sé de dónde sois, obradores de iniquidad.”

Alejamiento del mundo

Se sigue de ahí, hermanos, que abandonando la peregrinación de este mundo, tratemos de hacer la voluntad del que nos llamó y no temamos salir de este mundo. Porque dice el Señor: “Seréis como corderos en medio de lobos”. Le respondió Pedro y le dijo: “¿Y si los lobos despedazan los corderos?” Le dijo Jesús a Pedro: “No temen los corderos a los lobos, después de morir. Así vosotros, no temáis a los que os matan y nada más os pueden hacer; pero temed a Aquel que tiene

poder para arrojaros, después de morir, en cuerpo y alma a la *gehenna* del fuego.”

Y ya sabéis, hermanos, que nuestra permanencia y morada en este mundo de la carne es pequeña y de corta duración; pero la promesa de Cristo es grande y admirable y descanso del reino venidero y de la vida eterna. Pues ¿qué hemos de hacer para alcanzarla, sino portarnos santa y justamente y considerar todas estas cosas mundanas como ajenas y no codiciarlas? Pues en el mero hecho de codiciar poseerlas, ya nos desviamos del justo camino.

No se puede servir a dos señores

Pero el Señor dice: *Ningún criado puede servir a dos amos* (Lc 16,13). Si nosotros pretendemos servir a Dios y al dinero, nos será dañoso. *Pues ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?* (Mt 16,26). Este mundo y el oro son, efectivamente, dos enemigos. Este recomienda el adulterio, la corrupción, la avaricia y el engaño; aquél, renunciar a todas estas cosas. No podemos, por tanto, ser amigos de los dos, sino que renunciando a éste, debemos seguir sólo a aquel. Por nuestra parte, creemos que es mejor aborrecer las cosas de aquí, como quiera que son pequeñas, pasajeras y corruptibles; y amar las de allá, que son buenas e incorruptibles. Pues si hiciéramos la voluntad de Cristo, hallaremos descanso; si no, nada será capaz de librarnos del castigo eterno, como hubiéremos desobedecido a sus mandamientos. Dice en efecto, también la escritura de Ezequiel: *Aun cuando se levantaren Noé, Job y Daniel, no librarán a sus hijos de la cautividad* (Ez 14,14; 18,20). Pues si tales justos no pueden librar con su justicia a sus hijos, ¿con qué confianza nos acercaremos nosotros al palacio de Dios, si no hubiéremos guardado nuestro bautismo puro y sin mancha? ¿O quién será nuestro abogado, si nos hallamos desapercibidos de obras santas y justas?

La vida cristiana, estadio de combates

Así pues, hermanos míos, combatamos, sabiendo, como sabemos, que traemos entre manos un combate y que muchos son los que se embarcan para los combates corruptibles, pero no todos son coronados, sino sólo aquellos que trabajaron mucho y lucharon bien. Luchemos pues, nosotros, a fin de ser coronados. De modo que hemos de correr por el recto camino al combate incorruptible y embarquémonos muchos para acudir a él y luchemos luego de modo que merezcamos la corona.

Y si no todos podemos ser coronados, acerquémonos siquiera a la corona.¹

Pero hemos de saber, que si uno lucha en un combate corruptible y se le sorprende infringiendo las reglas del combate, se le azota y arroja fuera del estadio. Pues ¿qué os parece habrá de sufrir el que infringiere las reglas del combate incorruptible? Pues de los que no guardan el sello, dice la Escritura que su “gusano no morirá y su fuego no se extinguirá y serán espectáculo para toda carne” (Is 66,24).²

Llamamiento a la penitencia

Mientras estamos, pues, sobre la tierra, arrepintámonos, pues somos como un pedazo de barro en manos del alfarero. A la manera que un alfarero, cuando fabrica un vaso, si se le deshace o estropea mientras lo tiene en sus manos, los puede recomponer; pero una vez que lo pone en el horno, ya no puede hacer nada; así también nosotros, mientras estamos en este mundo, arrepintámonos de todo corazón de todo el mal que obramos en nuestra carne, a fin de ser salvados en el Señor, mientras tenemos tiempo de penitencia. Porque apenas salgamos de este mundo, ya no podemos ni confesarnos ni arrepentirnos más. De manera, hermanos, que cumpliendo la voluntad del Padre y conservando pura nuestra carne y guardando los mandamientos del Señor, alcanzaremos la vida eterna. Dice en efecto el Señor en el Evangelio: *Si no guardasteis lo pequeño, ¿quién os dará lo grande? Porque os digo que el que es fiel en lo mínimo, también lo será en lo mayor* (Lc 16,10 (?)). Luego esto es lo que dice: “Guardad vuestra carne pura y el sello sin tacha, a fin de recibir la vida eterna.”

El cuerpo, templo de Dios

Y ninguno de vosotros diga que esta carne no ha de ser juzgada ni resucitada. Reflexionad: ¿En qué fuisteis salvados, en qué recobrasteis vuestra vista, sino estando en esta carne? Luego es

1 Aun sin citarle expresamente, es evidente la reminiscencia de 1 Co 9,24, en que San Pablo habla de las luchas del estadio, como imagen de la vida cristiana: “¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos ciertamente corren, mas uno solo gana el premio? Corred de manera que alcancéis la meta... Yo, por mi parte, corro no como al azar; y así doy golpes, no como quien azota el aire, sino que castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre, no sea que mientras proclamo a otros vencedores, quede yo mismo reprobado.” Ninguna comparación podía ser más grata y más expresiva a los griegos, tan apasionados por los juegos del estadio. De todos los puertos de Grecia salen naves cargadas de espectadores y atletas para Olimpia, el Istmo de Corinto, Delfos, Atenas y tantos puntos más.

2 “Guardar el sello” debe ser sinónimo de guardar puro y sin mancha nuestro bautismo, que dijo antes: cf. Ef 1,13: *In quo et credentes signati estis* —estáis sellados— *Spiritu promissionis Sacto*.

preciso que guardéis vuestra carne como un templo de Dios, pues a la manera que en la carne fuisteis llamados, en la carne también volveréis. Si Cristo el Señor, nuestro Salvador, siendo primero espíritu, se hizo luego carne y así nos llamó; así también nosotros, en esta carne recibiremos la recompensa.

Amémonos, pues, los unos a los otros, a fin de que todos lleguemos al reino de Dios. Mientras tenemos tiempo de ser curados, entreguémonos a Dios que nos sana, dándole en cambio nuestra paga. ¿Cuál? El arrepentimiento con sincero corazón. De antemano lo conoce Él todo y sabedor es de nuestros íntimos pensamientos. Tributémosle pues, alabanzas, no sólo con nuestra boca, sino también de corazón, a fin de que nos reciba por hijos. Pues dice en efecto el Señor: *Estos son mis hermanos, los que cumplen la voluntad del mi Padre* (Mt 12,50).

La fe en la promesa futura

Así pues, hermanos, hagamos la voluntad del Padre, que nos llamó, a fin de vivir y seguir más bien la justicia y abandonar en cambio la maldad, como guía que va delante de nuestros pecados; y huyamos de la impiedad, no sea que nos alcancen los males. Por esta causa, no es posible hallar un hombre, entre los que fomentan temores humanos, prefiriendo antes el goce de aquí que la promesa futura; porque ignoran cuán gran tormento se reserva al goce de aquí y cuán grande placer a la promesa futura. Y aun si hubieran sido ellos solos los que éstos hicieron, menos mal; pero lo cierto es que no cesan de pervertir con sus doctrinas las almas inocentes, sin caer en la cuenta de que tendrán doble juicio, ellos y los que los escuchan.

Nosotros, pues, sirvamos a Dios con corazón puro y seremos justos; pero si no le sirviéramos por falta de fe en la promesa de Dios, seremos desgraciados. Porque dice la palabra profética: “Desgraciados los de alma doble, los que dudan en su corazón y dicen: ‘Todo eso lo oímos hace tiempo, aun en vida de nuestros padres; pero nosotros, esperando día tras día, nada de eso hemos visto’. ¡Insensatos! Comparaos con un árbol. Tomad la vid por ejemplo. Primero se le cae la hoja; luego echa un brote; después de eso un agraz y luego viene la uva. Así mi pueblo sufrirá devastaciones y tribulaciones; mas por fin recibirá bienes”.³ Así que, hermanos, no dudemos, sino

³ Esta cita, que se repite en la carta primera de San Clemente, como algunas otras de ambas cartas, son de procedencia desconocida; hay que suponerlas tomadas de apócrifos de la época helenística que han desaparecido. En el texto subrayo (**en el texto que seguimos no vienen subrayadas, sino en cursiva**) las citas más o menos literales de la Escritura, y quedan sólo entre comillas las de origen desconocido.

perseveremos en la esperanza, a fin de recibir la recompensa. Porque fiel es el que ha prometido dar a cada uno lo que sus obras merecieren. Si practicáremos, pues, la justicia delante de Él, entraremos en su reino y recibiremos las promesas, que *ni oído oyó, ni el ojo vio, ni a corazón de hombre subió* (1 Co 2,9).

Esperanza del reino de Dios

Esperemos, pues, en cada momento el reino de Dios, en caridad y justicia, pues no sabemos el día de la manifestación de Dios. Pues preguntado una vez el mismo Señor sobre cuándo vendría su reino, contesto: “Cuando el dos sea uno; y lo de fuera, dentro; y lo masculino con lo femenino, ni masculino ni femenino”.

Ahora bien, dos son uno cuando hablamos verdad uno con otros y en dos cuerpos hay, sin ficción, una sola alma. Aquello de “lo de fuera, dentro” quiere decir: llama “lo de dentro” al alma y “lo de fuera” al cuerpo. A la manera, pues, que tu cuerpo se manifiesta, así tu alma se haga también patente en las buenas obras. Finalmente “lo masculino con lo femenino, ni masculino ni femenino”; quiere decir, que un hermano viendo a una hermana no piense sobre ella nada femenino; ni una hermana viendo a un hermano, piense sobre él nada masculino: “Cuando esto hicieréis, dice el Señor, vendrá el reino de mi Padre”.

La edificación de los gentiles

En conclusión, hermanos, arrepintámonos ya por fin; seamos vigilantes para el bien, pues estamos llenos de mucha insensatez y malicia. Borremos de nosotros los anteriores pecados y salvémonos, arrepintiéndonos sinceramente. Y no tratemos sólo de agradar a los hombres, ni nos limitemos a edificarnos mutuamente, sino también a los de fuera, con nuestra justicia, a fin de que no sea blasfemado por nuestra culpa el nombre del Señor. Porque dice el Señor: *Continuamente se blasfema mi nombre en todas las naciones* (Is 52,5). Y otra vez: “Ay de aquel por quien el nombre mío se blasfema”.

Y ¿por qué se blasfema? Por no hacer nosotros lo mismo que decimos. Pues los gentiles, cuando oyen de nuestra boca las palabras de Dios, las admiran por bellas y grandes. Pero luego, dándose cuenta de que nuestras obras no corresponden a las palabras que decimos, se revuelven en blasfemias y dicen que es todo fábula y desvarío. Cuando, en efecto, nos oyen decir que dice

Dios: *Ningún mérito tiene que améis a los os aman, sino que el mérito está en que améis a vuestros enemigos y a los que os aborrecen* (Lc 6,32); cuando esto oyen, se admiran de la excelencia de su bondad. Pero cuando ven que no sólo no amamos a los que nos aborrecen, sino que ni siquiera a los que nos aman, se mofan de nosotros y así se blasfema el nombre del Señor.

Pertenecer a la Iglesia espiritual

Así, pues, hermanos; si cumpliéramos la voluntad del Padre, Dios nuestro, perteneceremos a la Iglesia primera, la espiritual, la que fue fundada antes que el sol y la luna; pero si no hiciéremos la voluntad del Señor, seremos de la Escritura que dice: *Mi casa se convirtió en una cueva de ladrones* (Jr 7,11). Escojamos, pues, pertenecer a la Iglesia de la vida, a fin de salvarnos. No creo que ignoréis que la Iglesia viviente es el cuerpo de Cristo, pues dice la Escritura: *Hizo Dios al hombre varón y hembra* (Gn 1,27). El varón es Cristo; la hembra, la Iglesia. Ni desconocéis tampoco que los Libros sagrados y los Apóstoles nos enseñan que la Iglesia no es de ahora, sino de antes. Porque ella era espiritual, como también nuestro Jesús, que se manifestó en los últimos días a fin de salvarnos.

Pero la Iglesia, que es espiritual, se manifestó en la carne de Cristo, mostrándonos que si alguno de nosotros la guarda en su carne y no la corrompe, la recibirá en el Espíritu Santo. Porque esta carne es la imagen del Espíritu. Nadie, por tanto, que corrompiere la imagen, recibirá el original. Luego, hermanos, esto es lo que dice: “Guardad la carne para participar del Espíritu”.

Mas si decimos que la Iglesia es la carne y Cristo el Espíritu, luego el que deshonra la carne, deshonra a la Iglesia. Ese tal, consecuentemente, no tendrá parte en el Espíritu, que es Cristo. Tan grande vida e incorrupción puede recibir nuestra carne por la unión del Espíritu Santo, como que nadie puede explicar ni decir lo que preparó el Señor a sus escogidos.

La gloria de convertir un alma

No creo que haya sido pequeño el consejo que os he dado sobre la continencia, de que no se arrepentirá quien lo cumpliera, sino que se salvará a sí mismo y a mí que se lo aconsejé. Porque no es pequeño galardón convertir un alma extraviada y perdida, para que se salve. Porque ésta es la paga que tenemos que dar a Dios nuestro Creador, a saber, que lo mismo el que habla que el que escucha, hable o escuche con fe y amor.

Permanezcamos, pues, justos y santos en las cosas que creíamos, a fin de que con confianza podamos dirigirnos al Dios que dice: *Cuando estés aun hablando, yo diré: Heme aquí que estoy junto a ti* (Is 58,9). Signo de gran promesa es esta palabra, pues dice el Señor que está Él más pronto para dar, que el mismo que pide. Como participemos, pues, de tan gran bondad, procuremos no impedirnos mutuamente alcanzar tan grandes bienes. Pues cuan grande es el placer de estas palabras para los que las practican, tanta es la condenación para los que las desoyen.

Proximidad del juicio

De manera que, hermanos, con tan grande ocasión para arrepentirnos, ya que tenemos tiempo, convirtámonos al Dios que nos llamó, mientras tenemos al que nos puede recibir. Pues si renunciamos a estos placeres y vencemos nuestra alma, no consintiéndole cumplir sus deseos perversos, tendremos parte en la misericordia de Jesús. Sabed que está para llegar el día del juicio, como un horno encendido y se derretirán algunos cielos y toda la tierra será como plomo derretido al fuego. Y entonces aparecerán las obras ocultas y públicas de los hombres.

Ahora bien, buena es la limosna, como penitencia del pecado; mejor el ayuno que la oración y la limosna mejor que ambas. *La caridad cubre muchedumbre de pecados* (1 P 4,8) y la oración con buena conciencia libra de la muerte. Bienaventurado el que se encontrare lleno de estas virtudes, pues la limosna se convierte en alivio del pecado. Arrepintámonos, pues, de todo corazón, a fin de que nadie de entre nosotros perezca. Pues si tenemos mandado y así lo cumplimos, que trabajamos por apartar a los paganos de los ídolos e instruirlos, ¡cuánto más hemos de trabajar porque no perezca un alma que ya conoce a Dios! Ayudémonos, pues, mutuamente, para reducir también al bien a los débiles, a fin de salvarnos todos y exhortémonos y corrijámonos los unos a los otros.

Atender la exhortación de los sacerdotes

Y no parezca que creemos y prestamos atención sólo en el momento que nos amonestan los sacerdotes;⁴ sino luego también, al retirarnos a casa, acordémonos de los preceptos del Señor y no

⁴ Así traduzco ahora el “*presbyteros*” griego, pues hacia el 150 en que se escribe esta “homilía”, la distinción entre “anciano” y “sacerdote” debía estar ya hecha, constituido definitivamente el episcopado monárquico, como atestiguan las cartas de San Ignacio de Antioquía.

nos dejemos arrastrar por los deseos mundanos. Procuremos, más bien, reunirnos más frecuentemente, a fin de adelantar en el cumplimiento de los mandamientos del Señor y teniendo todos un mismo sentimiento, nos hallemos congregados para la vida. Dijo en efecto el Señor: “Vengo a reunir todas las naciones, tribus y lenguas”. Y esto dice refiriéndose al día de su manifestación, cuando vendrá a rescatarnos a cada uno según sus obras. Y los incrédulos verán su gloria y su poder y se maravillarán viendo el imperio del mundo en Jesús, diciendo: “Ay de nosotros, que eras Tú y no te conocimos y no quisimos creer ni obedecer a tus sacerdotes, que nos predicaban acerca de nuestra salvación.”

Y su gusano no morirá y su fuego no se extinguirá y serán espectáculo para toda carne (Is 66,24). Se refiere el profeta a aquel día del juicio, cuando verán a los que fueron impíos entre nosotros y traspasaron los mandatos de Jesucristo. Pero los justos, que obraron el bien y sufrieron tormentos y aborrecieron los placeres del alma, cuando vean a los que se extraviaron y negaron a Jesús, ya con sus palabras, ya con sus obras, cómo son castigados con terribles tormentos en fuego inextinguible, darán gloria a su Dios diciendo: “Habrá esperanza para el que de todo corazón ha servido a Dios.”

Humilde confesión del predicador

Procuremos, pues, nosotros, ser de los que dan gracias, de los que ha servido a Dios y no de los que son condenados como impíos. Pues yo mismo, con ser todo pecado y no haber aún logrado escapar de la tentación, sino encontrándome entre los instrumentos del diablo, me esfuerzo, sin embargo, en seguir la justicia, para poder al menos estar cerca de ella, por miedo que tengo al juicio venidero. De manera que, hermanos y hermanas, después del Dios de la verdad,⁵ os leo yo mi exhortación a que atendáis a lo escrito, a fin de que os salvéis a vosotros mismos y también al que entre vosotros hace oficio de lector. Pues yo os pido por paga que os arrepintáis de todo corazón, procurándoos a vosotros la salvación y la vida. Y haciendo esto, señalaremos un blanco a los jóvenes que quieren trabajar en la piedad y en la bondad de Dios. Y no es bien que los que somos ignorantes, nos molestemos e irriteemos cuando alguien nos amonesta y nos convierte de la iniquidad a la justicia. A veces, en efecto, obramos mal sin darnos cuenta de ello, por la duda o

⁵ Es decir, después de la lectura de la palabra divina, el predicador lee su exhortación a atender y cumplir lo mismo que Dios manda en la Escritura.

infidelidad que hay en nuestro pecho y andamos a oscuras en nuestra inteligencia, a causa de las vanas concupiscencias. Obremos, pues, la justicia, a fin de salvarnos hasta el fin.

Bienaventurados los que atendieren a estos preceptos; si es cierto que por un poco de tiempo habrán de sufrir en este mundo, cosecharán luego el fruto inmortal de la resurrección. No se entristezca, pues, el hombre piadoso, de que en el tiempo de ahora tenga que sufrir, pues le aguarda otro tiempo bienaventurado. Allá arriba, viviendo con los padres, se regocijará por una eternidad sin dolor.

La piedad no es comercio

Mas ni siquiera ha de turbar nuestra mente el hecho de que veamos enriquecerse a los injustos y que los siervos de Dios sufren estrechez. Tengamos, pues, fe, hermanos y hermanas. Luchemos en la prueba de Dios y ejercitémonos en esta vida, a fin de ser coronados en la otra. Nadie recibe enseguida el fruto de los justos, sino que tiene que esperarlo. Pues si Dios diera inmediatamente el galardón de los justos, nos ejercitaríamos al punto no en la piedad, sino en el comercio, ya que parecería que buscábamos no la piedad, sino la granjería. Por eso, el juicio divino daña al espíritu que no es justo y lo carga de cadenas.

Deprecación final

Al sólo Dios invisible, padre de la verdad, al que nos envió al Salvador y guía de la inmortalidad, por el que nos manifestó la verdad y la vida celeste, a Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

0-0-0-0-0-0

Fuente:
Padres Apostólicos I
La Doctrina de los Apóstoles y Cartas de San Clemente Romano
Versión y Notas por el Rvdo. P. Daniel Ruiz Bueno C.M.E.
Librería Parroquial de Clavería, S. A. de C.V. México, 1946.
Páginas de la 137 a la 162

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora